

## Nuccio Ordine

«El drama de nuestra sociedad es considerar lo útil como fin y no como medio»

Juana M. Vera Meizoso

*E*l pensador y escritor italiano Nuccio Ordine (Diamante, Calabria, 1958), se pregunta «¿Es imaginable una Europa sin Grecia, sin España, sin Italia? Si perdemos de vista los grandes temas que pueden favorecer el desarrollo de la Europa de la cultura, ¿cómo podemos concebir su multiplicidad y su unidad?». Acaba de publicar en España *Tres coronas para un rey*. La empresa de Enrique III y sus misterios y *Los hombres no son islas*. Los clásicos nos ayudan a vivir, *ambos trabajos traducidos por Jordi Bayod para la editorial Acantilado*. En el primero, el también editor y profesor de literatura en la Universidad de Calabria, nos descubre la riqueza y la complejidad de las empresas y emblemas del Renacimiento. En el segundo, insiste sobre la importancia de la lectura de los clásicos para hacernos más humanos. La utilidad de lo inútil. *Manifiesto*, traducción de Jordi Bayod (Acantilado, 2015), libro publicado en 55 países, traducido a 24 idiomas y del que en España se han realizado 27 ediciones, *Clásicos para la vida*. Una pequeña biblioteca ideal, traducción de Jordi Bayod (Acantilado, 2017), *El umbral de la sombra*. Literatura, filosofía y

pintura en Giordano Bruno (*Biblioteca de Ensayo. Siruela, 2005*) o *Le rendez-vous des savoirs. Littérature, philosophie et diplomatie à la Renaissance (Les Belles Lettres 2009)*, son otras tantas obras de quien también se pregunta cómo podemos responder a la explosión de localismos y nacionalismos. Crítico con la educación utilitarista y mercantilista que domina el mundo y siempre guiado por el pensamiento de Giordano Bruno, a quien ha dedicado gran parte de su vida intelectual, en esta entrevista afirma con claridad que sin esfuerzo no hay conocimiento ni pensamiento crítico, ausencias que son esenciales para el desarrollo de la intolerancia y de la barbarie.

—En el libro *Tres coronas para un rey. La empresa de Enrique III y sus misterios (Acantilado, 2022)*, usted profundiza en el estudio de los emblemas y empresas del siglo XVI. ¿Qué es un emblema?, ¿qué es una empresa?, ¿por qué adquirieron tanta relevancia en el siglo XVI?

—En el Renacimiento la relación entre imagen y palabra era fundamental. Los libros de empresas y de emblemas tuvieron un éxito extraordinario. Respondían a la necesidad, extensamente difundida en muchos ambientes sociales, de conferir una expresión simbólica a los programas de trabajo, a los sentimientos, a las estrategias políticas o a las aspiraciones intelectuales. Se recurre, en suma, a imágenes simbólicas (acompañadas de un *motto* y a veces también de versos en latín o en lengua vulgar), para ofrecer un mensaje inmediatamente comprensible, gracias a la presencia de la figura y de la palabra que, como en un juego de espejos, se reflejan la una en la otra, y un mensaje cifrado capaz de generar polisemias inevitables y ambigüedades. El debate entre empresa (ligada a una persona específica), y emblema (en el que se afrontan cuestiones morales, políticas o filosóficas), está todavía abierto como lo estaba en el Renacimiento. En cualquier caso, todos estamos de acuerdo en subrayar la naturaleza híbrida de este género. En el libro analizo algunos aspectos de la fortuna de esta literatura en Francia y en

Inglaterra. También hago referencias, entre otros, a autores españoles e italianos.

—¿Cómo llega usted desde Giordano Bruno a la escritura del libro antes mencionado?

—En el curso de una vida dedicada a la investigación, me ha ocurrido varias veces retomar temas, que ya había tratado en libros anteriores, para profundizar en ellos y añadir nuevos descubrimientos. Trabajando en la idea de «religión civil» de Giordano Bruno, hallé una página bellísima en su obra titulada *La expulsión de la bestia triunfante*, en la que el filósofo ofrece su interpretación de la misteriosa empresa del rey de Francia, Enrique III. Éste, como todos los que reinan, había creado su empresa, compuesta por el *motto* —*Manet ultima coelo*—, por la imagen de dos coronas paralelas en la parte inferior, en representación de los reinos de Polonia y de Francia, y por una enigmática corona situada en el cielo. Giordano Bruno ofrece una interpretación antimperialista de esta empresa. Al transcribir el *motto* como *Tertia coelo manet*, el pensador quiere llamar la atención sobre la tercera corona aludiendo así, no sólo a una corona celeste simbólica sino también a una corona terrestre concreta, la de Inglaterra. Con este, digamos, mensaje cifrado, quiere asegurar el reinado de Isabel I y hacerle comprender que el verdadero enemigo común es España. Francia renunciará a los objetivos imperialistas para tejer alianzas con los británicos. Los Valois tenían estas ambiciones imperialistas, que en décadas anteriores habían cantado los poetas de la corte Dorat o Ronsard. La tercera corona, que ha de conquistar uno de los tres hijos de Enrique II y de Catalina de Medici, es la de Inglaterra. Lo que Giordano Bruno trata de decirnos con su especial transcripción del *motto* es que, si Francia renuncia a sus ambiciones imperialistas, podrá sellar una alianza con Inglaterra, que en la literatura latina aparecía como «última», como «fuera del mundo». Giordano Bruno escribe *La expulsión de la bestia triunfante* en Londres, en la

sede de la embajada francesa, y desea, con ello, hacer comprender a la reina Isabel I y a las personas más influyentes de su corte que la tercera o última corona permanecerá en el cielo y que las dos coronas terrestres de Enrique III son más que suficientes para satisfacer las ambiciones de este monarca. Hay más. En otra página, Giordano Bruno denomina a la corona celeste (aquella que está destinada a permanecer en el cielo), Tiara. Con ello alude a la Tiara papal o *Triregnum* (está formada por tres coronas superpuestas). Aquí es posible reparar en otro mensaje cifrado importante: la tercera corona celeste representa simbólicamente el poder espiritual, que sobre la Tierra sólo puede ser ejercido por el Papa. En una época de sangrientas guerras de religión Enrique III e Isabel I, que era la cabeza de la Iglesia protestante, reivindican el derecho a administrar la religión sin la mediación papal. Giordano Bruno comprende la importancia de la estrategia política de Catalina de Medici y de su hijo Enrique III: usar la religión como cemento social, como ley divina para religar, para mantener unidos a los súbditos y reforzar la comunidad civil. Estimulado por esta sugestión bruniana inicié una indagación, que me permitió verificar que la empresa de Enrique III fue concebida para expresar la política moderada del rey: golpear el fanatismo de los hugonotes y de los católicos liguistas para instaurar un diálogo con los moderados de uno y otro frente, convencido de la supremacía del Estado y de la monarquía sobre la religión. Siguiendo los comentarios y las imágenes dedicadas a las tres coronas, pude reconstruir un mundo hecho de relaciones artísticas, literarias, diplomáticas, filosóficas, religiosas y militares. Una red capilar que desde Francia llegaba a Inglaterra y a Escocia.

—*De estas tres coronas, dos son terrenales y una es celeste. ¿Cuál es el origen de las dos coronas terrenales y cuál es el de la corona celeste?*

—Como le he explicado, las dos coronas terrestres representan el reino de Polonia (Enrique es elegido rey de Polonia en el año

1573) y el de Francia (1575). La tercera corona, la celeste, es la de Inglaterra (a este tema dedico en el libro un capítulo, en el que analizo la poesía que exalta las miras expansionistas de los Valois). En este sentido fue interesante descubrir que la empresa de María Estuardo, en la que se inspira Enrique III para hacer la suya, como demuestro en el libro con la aportación de fuentes inéditas, fue construida sobre la ambigüedad: dos coronas en la parte inferior (en 1542 la de Escocia y en 1559 la de Francia) y una en lo alto del cielo, la de Inglaterra. Aspirar a esta corona celeste le costó la vida a María Estuardo.

— *Usted cita al rey David como padre espiritual de todos los que reinan. También hace referencia a la corona de espinas de Jesucristo. ¿Cuál es la relación entre estas dos coronas?*

— Hacia el final del *Cinquecento*, cuando todavía continúan las guerras de religión en Francia, se difunden algunos grabados hostiles a la Liga, en los que el Rey Luis IX representa la raíz del árbol genealógico de los reyes de Francia: el tronco se divide en dos ramas que terminan con los retratos de Enrique III y de Enrique IV. Esta imagen representa una forma de justificar el paso de la corona de los Valois, cuyo último exponente es Enrique III, a los Borbones. Esta genealogía parece evocar también la imagen del árbol de Jesé, en el que David es la base de un tronco que, a través de los reyes de Judea, llega hasta Cristo. Luis IX sacralizó el poder del rey de Francia adquiriendo, en el año 1239, la presunta corona de espinas de Cristo. La llegada de esta reliquia estuvo acompañada de propaganda monárquica para legitimar a este rey y a sus sucesores como vértices máximos de la cristiandad. Cristo, según el manifiesto teológico-político de Luis IX, confiere a la monarquía francesa el derecho a administrar sin mediación el poder religioso y a reivindicar, consiguientemente, una independencia simbólica de la Iglesia de Roma. Sin esta premisa, sería difícil comprender la función simbólica de la tercera corona y, sobre todo, una serie de

imágenes en las que también aparece representada una corona de espinas. A este tema he dedicado muchas páginas de mi libro. Blaise de Vigenere, por ejemplo, insiste acerca de la estrecha relación simbólica entre David y Cristo, y nos habla de monarcas que han tenido que conducir hasta el puerto una nave que sufre el embate de las tempestades. Se trata de una estrategia para reforzar, a través de la figura de David, el lazo entre Enrique III y Cristo. Es decir, en un contexto de significación mística, la relación simbólica entre el ejercicio del poder monárquico y la corona de espinas puede ser entendida como símbolo de los conflictos materiales y los problemas cotidianos, a los que debe enfrentarse un monarca. Gobernar no significa gozar, disfrutar de placeres. El arte de gobernar incluye la presencia de espinas tras las joyas de la corona.

— *«Al liberar a la Tierra de las cadenas del geocentrismo y el universo de los límites que lo encerraban, el Nolano trataba de aproximar los mundos infinitos a nuestro planeta, la divinidad a la naturaleza, la materia celeste a la terrestre. Y ahora, al liberar la religión de la locura destructiva de los pedantes teólogos, el filósofo quiere religar el hombre al hombre, a través de la concepción de un culto que favorezca la cohesión social y que incite a asumir comportamientos heroicos en la vida civil», escribe usted en las páginas 74 y 75 de su libro Tres coronas para un rey. ¿Cuál fue el papel del rey Enrique III en la difusión de una nueva visión del mundo?, ¿cómo entendía Giordano Bruno (el Nolano), el papel del rey Enrique III y cuál fue la función de emblemas y empresas en la divulgación de la nueva visión del mundo del monarca francés?*

— Todo el pensamiento del Renacimiento, a partir de la segunda mitad del *Cinquecento*, está marcado por un tema trágico: la guerra de religiones. Se trata de fanatismo religioso y de guerras civiles que desencadenaron violencia y masacres, destrucción y luchas fratricidas. Un terreno abonado para la cultura de la intolerancia, que también hoy es una amenaza gravísima para la

humanidad. En muchos países se mata en nombre de Dios. Durante el Renacimiento, los protagonistas del conflicto religioso eran los católicos y los protestantes. Por una parte, la Iglesia de Roma. Por otra parte, las diversas expresiones del protestantismo: luteranismo, calvinismo, etcétera. En el seno de esta Europa ensangrentada, Giordano Bruno comprende que las raíces de la violencia y de la intolerancia se fundan sobre la convicción de poseer la verdad absoluta. Piensa que para acabar con la cultura de la violencia es necesaria una filosofía capaz de demoler cualquier pretexto de poseer este tipo de verdad. Para lograr este objetivo, parte de la cosmología. Hay que tener presente que el Nolano fue el primer filósofo que comprendió las extraordinarias implicaciones de la revolución copernicana. Copérnico era un matemático que, en el año 1543, estableció que el centro del universo no era la Tierra, como señaló Tolomeo, sino el Sol. Se pasó así del sistema geocéntrico al heliocéntrico. Este hecho produce una concepción del mundo radicalmente distinta a la que había dominado a la humanidad durante siglos. El sistema tolemaico era coherente con una perspectiva totalmente antropocéntrica. Situaba al hombre en el centro de la Tierra y, como consecuencia, en el centro del centro. En el momento en el que la Tierra ya no es el centro, el hombre deja también de serlo. Pero Giordano Bruno va más allá de Copérnico y de Tolomeo, quienes coincidían en su concepción de un universo cerrado en el interior de la esfera celeste; de un universo finito. Giordano Bruno elabora una teoría según la cual, si la Tierra no ocupa ya el centro del sistema solar, no por ello se puede excluir la idea de que el sistema solar sea sólo uno de tantos sistemas dentro de un universo infinito. Esta reflexión genial tuvo consecuencias extraordinarias en distintos planos del saber. En el universo infinito no hay un centro absoluto, sí un centro relativo. Muchos filósofos tenían pánico a tomar en consideración la infinitud del universo porque no podían imaginar el lugar del hombre en

el interior de un sistema sin límites, como si el hombre pudiera perderse en el horror del infinito. Grave error. En la filosofía de Giordano Bruno, en su visión de la infinitud, el hombre como individuo no pierde su centralidad. La adquiere. ¿Cómo? En el universo infinito no hay un centro absoluto, pero sí siempre un centro relativo. Este centro relativo es atribuido a aquel que observa el universo. Por todo ello, el Nolano sitúa en el centro del universo no al hombre sino al individuo. Mientras que el sistema tolemaico inspiraba una escala rígida: primero el hombre, luego los animales, las plantas y los minerales, en el universo infinito una hormiga y el sol tienen el mismo peso ético. La pequeña hormiga es el centro del universo como lo es el sol. Esta es una revolución radical, con la que Giordano Bruno pone en entredicho la antigua jerarquía. Su visión del mundo se basa en la pluralidad y en la necesidad de negar todo punto de vista absoluto: no existen *la* verdad, *la* cultura, *la* religión, *la* lengua. Existen las verdades, las culturas, las religiones, las lenguas. Sobre esta base, el Nolano comprende que la religión (en cuanto legado divino), es necesaria para ayudar a gobernar, a mantener unido al pueblo, a cimentar la unidad social. La religión al servicio de la monarquía (como deseaban los verdaderos filósofos) y no la monarquía al servicio de la religión (como deseaban los teólogos pedantes). Giordano Bruno incita a Enrique III y a Isabel I a seguir esta dirección. Es decir, a usar la religión como instrumento de paz y como antídoto contra la violencia y la guerra.

—*En este libro usted habla de palabra e imagen. Palabra como alma, imagen como cuerpo. ¿Podría elegir un emblema o una empresa de su libro y revelarnos el alma y el cuerpo (la palabra y la imagen) de ese emblema, de esa empresa?*

—Para la teoría de la literatura emblemática, el «cuerpo» coincide con la *figura*, mientras que «el alma» coincide con el *motto*. Para comprender la empresa de Enrique III he tenido que estudiar

los múltiples aspectos del ambiente artístico, intelectual, político, filosófico, religioso y diplomático, en los que esta empresa fue concebida. Los posibles significados de cuerpo y alma que se hallan en la empresa los he señalado, sintéticamente, en las preguntas anteriores.

—*En el libro reflexiona usted acerca del verdadero poder y nos habla de la maga Circe, de Ninfas y de «cantos y danzas que expresan la conexión entre lo alto y lo bajo, la armonía que domina el universo, la divinidad difusa en todas las cosas». ¿Qué papel desempeña Circe en la obra de Giordano Bruno?*

—Giordano Bruno llega a París en el año 1581. Es probable que asistiera entonces, en la gran sala del Petit-Bourbon, a la puesta en escena del *Ballet cómico de la reina*, en el que Circe ocupaba un puesto en el primer plano. En el año 1582, el filósofo italiano publica en París la obra *Cantus Circaeus*, dedicada al hermanastro de Enrique III, en la que la maga es el centro de la narración. He realizado un estudio comparado de ambas creaciones para tratar de reflejar la presencia de los temas, esperanzas y temores que circulaban en aquellos años en los ambientes político y literario franceses. En el *Ballet*, Circe es una hechicera que espera a Enrique III, caracterizado como Júpiter. Un Júpiter que devolverá a Francia la edad de oro y la justicia a pesar de todos los hechizos. Giordano Bruno intuye la importancia del papel simbólico de Circe y escribe una obra, en la que la maga asume una función positiva. Siempre original y a contracorriente, el filósofo interpreta el mito a través de su visión del mundo. En su obra invoca al Sol, padre de Circe, para expresarle su preocupación por el caos que domina el mundo haciendo referencia siempre a las guerras fratricidas de religión. La sociedad se halla poblada de seres monstruosos con forma humana. Circe pronuncia unas fórmulas mágicas para eliminar la apariencia humana de estas bestias. Giordano Bruno exalta también la figura del gallo ideal (el rey de Francia Enrique III, a quien espera la misión de reconducir a los otros gallos, que se matan entre

ellos, hacia el camino de la virtud y de la paz). También hallamos la figura de Circe en clave positiva en el último diálogo de *Los heroicos furioses*. En este diálogo, gracias a ella nueve hombres que habían perdido la vista a causa de los hechizos de la maga son impulsados a emprender una peregrinación que los conducirá a las riberas del Támesis en donde, en presencia de una ninfa (la reina Isabel I), recuperarán la vista y podrán finalmente entender el misterio de la naturaleza y la coincidencia de opuestos que domina el universo. Para Giordano Bruno, el mito de Circe representa también el camino de las vicisitudes, el ciclo del nacimiento y de la muerte, la agregación y la disgregación de los compuestos.

—*En relación al verdadero poder, cita usted en el libro la obra El candelero de Giordano Bruno. En esta obra el pensador italiano, a través del protagonista, un pintor-filósofo, reflexiona acerca del ser y del parecer. ¿Cuál es la relación de las tres coronas con el ser y el parecer?*

—También la comedia *El candelero* se publica en 1582, en París. En ella, Giordano Bruno afronta temas análogos a los que trata en *Cantus Circaeus*. *El candelero*, comedia, anticipa, como en una obra, las grandes cuestiones que serán analizadas a fondo en los diálogos que el autor publicará en Londres. Esta obra se presenta como teatro del mundo, como representación de varios aspectos en los que se traduce la dialéctica ser-parecer, realidad-ficción. Giordano Bruno, a través de un lenguaje cómico, recrea las diversas formas del engaño para ayudar a sus lectores a orientarse en el intrincado laberinto de las ilusiones y los travestimientos que caracterizan el teatro del mundo y de la vida.

—*En Tres coronas para un rey. La empresa de Enrique III y sus misterios, también nos habla del filósofo-pintor, protagonista de Los heroicos furioses de Giordano Bruno. ¿Cómo se entrelazan aquí la filosofía, la poesía y la pintura?*

—Giordano Bruno expone por primera vez su filosofía de manera orgánica en estas siete obras en italiano, nacidas entre los

años 1582 y 1585: abre con una comedia, *El candelero* (en la que el protagonista es un pintor-filósofo, Gioan Bernardo, *alter ego* de Giordano Bruno), y cierra con un diálogo, *Los heroicos furros*, protagonizado por un filósofo-pintor. En la comedia el prólogo se funda en la invitación a «ver». Pero para ver no sólo sirven los ojos del cuerpo, sirven sobre todo los ojos de la mente. La filosofía bruniana propone un camino en el cual las imágenes ayudan a unificar lo que es diferente, invitando a distinguir, dentro de la multiplicidad de las apariencias, la verdadera esencia de las cosas. Por ello la filosofía, la pintura y la poesía, como también nos recuerda en *Explicatio triginta sigilorum*, son elementos fundamentales del fatigoso e infinito camino hacia el conocimiento.

— *Vivimos momentos de cambios profundos. ¿Cuál es hoy el papel de emblemas y empresas, ¿en qué se sustentan, cuál es su función?*

— Hoy el poder de las imágenes se explica sobre todo, a través de la propaganda política y de la publicidad, dedicada a productos de mercado. Los medios y las sociedades especializadas en la venta de productos bombardean con imágenes a clientes potenciales. Imágenes que, independientemente del valor del producto, tienen la misión de inducir a la compra. El mismo discurso vale para el uso espectacular de las imágenes que crean los expertos en comunicación de algunos partidos políticos para crear consenso y dirigirse al estómago de los electores. Operaciones de mercadotecnia pura que no son comparables con el refinamiento de la propaganda de la corte y con la literatura de los emblemas del mundo renacentista. Entonces poetas, músicos, artistas y pintores aplicaban su saber y su habilidad para estimular a un público variado que, en todo caso, tenía que hacer un esfuerzo para descifrar los diferentes estratos del mensaje. Hoy, en la sociedad del espectáculo, sólo cuenta la apariencia. Esto, con modalidades diversas, también era real para la sociedad de la corte (*El Cortesano* de Castiglione teoriza la prioridad del *parecer* sobre el *ser*). Pero las

obras de Giordano Bruno, de Rabelais, de Erasmo de Rotterdam, de Montaigne y de otros grandes pensadores han contribuido a mostrar la importancia de aquello que se halla en el interior de las cosas. Tengo la impresión de que hoy los nuevos instrumentos de comunicación están procurando que los usuarios conviertan sus vidas en espectáculo, banalizando las ideas de amistad, de amor, de dignidad, de enfermedad, de sufrimiento, de goce. Muchos jóvenes, por ejemplo, piensan que la amistad es un *click* en su página de *Facebook*. El exhibicionismo está poniendo en serio peligro la intimidad. Sin pudor se ofrece al público la propia vida privada. Vídeos de jóvenes ostentando su poder sexual en las redes como si el placer derivase más de la exhibición que del hecho erótico en sí, deberían ser percibidos como una señal peligrosa de un grave malestar.

— *¿Cómo descubrió usted a Giordano Bruno?, ¿qué significa para usted este pensador?*

— Sucedió al final de la década de los setenta cuando realizaba mi tesis. En aquel tiempo, este trabajo podía dar lugar a una publicación si se trataba de una investigación original. Mi profesor de literatura italiana, Giulio Ferroni, me aconsejó investigar el símbolo del asno en las obras de Niccoló Machiavelli y de otros autores. Mientras leía los diálogos *Expulsión y cábala del caballo Pegaso*, del filósofo Giordano Bruno, nació en mi un gran amor que me condujo a la lectura de todas las obras italianas y parte de las latinas de este autor. Giordano Bruno no es sólo un gran filósofo, es también un gran escritor. Me fascinó su capacidad para liberar, a través de sus obras, a la Tierra del geocentrismo y, al mismo tiempo, su capacidad para liberar a la lengua y a la literatura de la influencia de los pedantes. No es fácil explicar en poco espacio la multiplicidad y complejidad de su obra, pero si tuviera que elegir tres palabras para hacerlo serían: *incrociare, tollerare, ricercare*. Tres verbos que en su especificidad se amoldan a la visión del

mundo del autor. A través del verbo *incrociare* (cruzar), el filósofo acaba con siglos de aristotelismo y pedantería. En el plano cosmológico une el cielo y la tierra, al mostrar que el universo infinito se halla dominado por las mismas leyes y compuesto por la misma materia. En el plano literario, unifica tragedia y comedia e insiste en la imposibilidad de separar drásticamente lo serio de lo cómico. En el plano religioso reanuda los lazos entre la divinidad y la naturaleza sosteniendo que una misma forma vital anima el interior de todo lo que existe. Giordano Bruno reafirma la necesidad de unir los saberes. A través del verbo *tollerare* (tolerar), como le he explicado en una respuesta anterior, llegamos a la esencia de su filosofía, alejada de todo tipo de clasificación y de cualquier forma de subordinación fundada en perversas ontologías. Todo lo que existe puede ser el centro del universo. Todos los seres, visibles e invisibles, independientemente de su dimensión, están animados por la misma fuerza vital. En el universo infinito de Giordano Bruno el único centro posible es atribuido al observador. El saberse limitado y la conciencia de la existencia de otros puntos de vista estimulan el diálogo y el respeto hacia los demás, pero no inducen a renunciar a testimoniar las convicciones propias. En este contexto, la multiplicidad de lenguas, de culturas, de religiones, de verdades no se convierte en problema sino en riqueza para la humanidad. A través del verbo *ricercare* (investigar), el filósofo nos dice que negar la existencia de la verdad absoluta significa otorgar un sentido más fuerte a la cuestión filosófica. Para Giordano Bruno el filósofo ocupa una posición intermedia entre los dioses (quienes no buscan la verdad porque ya la poseen) y los ignorantes (que no buscan la verdad porque creen poseerla). Giordano Bruno sabe que el conocimiento, para no ser estéril, debe traducirse en una manera de vivir, debe provocar en nosotros una profunda metamorfosis. En un momento histórico marcado por la prevalencia de la apariencia sobre la sustancia, del egoísmo sobre el altruismo, de los intereses

personales sobre los universales, de la xenofobia sobre la solidaridad, releer las páginas escritas por Giordano Bruno podría ser muy útil, sobre todo en las escuelas y en las universidades, para recordar los grandes valores universales. Y sobre todo para comprender la terrible deriva de los localismos identitarios. Reivindicar las propias raíces, y firmar sus obras con el topónimo «el Nolano» porque había nacido en Nola, a pocos kilómetros de Nápoles, no significa circunscribirse a un estrecho perímetro renunciando a la vital experiencia europea.

— *¿Cuál sería su emblema, si usted decidiera tener uno? De las 28 empresas de Los heroicos furios de Giordano Bruno, ¿cuál es la que más le conmueve y por qué?*

— El *motto* de mi empresa sería «*Nulla dies sine linea*». El testimonio más antiguo sobre el mismo es de Plinio, que nos habla aquí de la constancia de los grandes pintores. Nos habla del intento de trazar una línea cada día. Nos invita a ser humildes y nos dice que el ejercicio cotidiano, el empeño constante, el esfuerzo tenaz son fundamentales para avanzar, para ir siempre adelante, para lograr nuestros pequeños progresos cotidianos. Se trata de un *motto* que Giordano Bruno conocía y que, en un sentido cómico, pone en boca del pedante Mamfurio en *El candelero*. Pienso también en la serie de obras, conservadas en Berna, que Paul Klee compuso en los años treinta escribiendo, en la parte baja de las mismas, este mismo *motto*. De las 28 empresas de Giordano Bruno me ha conmovido de modo particular la que lleva el *motto* «*Ad vitam, non ad horam*», que nos sugiere que el auténtico amor por el conocimiento no puede ser circunscrito a un momento, sino que nos acompaña toda la vida, de manera que, finalmente, coincide nuestra búsqueda por el saber con la esencia de nuestra existencia.

— *Sobre Giordano Bruno usted escribe: «Fue un anunciador del espíritu moderno» ¿Qué prevalece hoy del pensamiento de este autor?*

—Hay que usar la palabra modernidad con precaución. En general, se considera moderno aquello que pertenece a la época en la que vivimos o aquello que, aun perteneciendo al pasado, presenta características de la modernidad. Pero el verdadero problema es qué entendemos por modernidad. Hoy, para una gran parte del género humano, modernidad significa tecnología, rapidez, virtualidad, competición, mercado, beneficio. Giordano Bruno, al contrario, comprendió que para conocer necesitamos lentitud, gratuidad, desinterés, mirar al pasado para comprender el presente y prever el futuro. Su filosofía nos invita a discutir sobre lo «nuevo» y lo «viejo» porque aquello que se presenta como nuevo puede ser viejo y viceversa. En una época como la nuestra, fundada sobre la idea de que el pasado es obsoleto y de que sólo cuenta el futuro, pensadores como él insistirían con fuerza en la importancia de la memoria. Él critica una visión cuantitativa de la vida y de la realidad, visión que hoy se encarna en la obsesión de reducir todo a cifras, y nos descubre una visión cualitativa más abierta y más capaz de comprender la complejidad.

—*«La naturaleza viene concebida como un “infinito simulacro” en que se explica la excelencia divina incorpórea de manera corpórea»* escribe usted, en relación al pensamiento de Giordano Bruno, en *El umbral de la sombra. Literatura, filosofía y pintura en Giordano Bruno. Añade: «la naturaleza es mediadora con la divina unidad del todo»*. *¿Se debería enseñar a mirar, a contemplar la naturaleza, la vida, y a escucharlas, en las escuelas y universidades? ¿Cómo influye la contemplación de la naturaleza en el nacimiento y desarrollo de la capacidad de mirar?*

—Para Giordano Bruno la «divinidad» coincide con la fuerza vital que anima la naturaleza en su interior. Ampliando las intuiciones de Bernardino Telesio (la naturaleza se estudia en sus propios principios), Giordano Bruno insiste en que para conocer los secretos de la naturaleza debemos estudiar la naturaleza y no los libros sagrados. La Biblia es un modelo moral de comportamiento

para aquellos que tienen necesidad de una guía, para ovejas que siguen a un pastor para saber qué deben hacer para conquistar el reino del cielo. El movimiento de los astros y la esencia de la materia se estudian sin prejuicios religiosos observando la naturaleza y tratando de entender sus secretos. Galileo decía que los libros sagrados te enseñan cómo llegar al cielo no cómo se *va* al cielo. Hoy, en muchos países, teólogos y religiosos usan los libros sagrados para entorpecer el camino de la investigación científica. La Iglesia, hasta el final del siglo XIX, rechazaba la teoría copernicana. Giacomo Leopardi escribe en una opereta moral dedicada a Copérnico, que cuando se habla de heliocentrismo huele a quemado, aludiendo probablemente a la trágica muerte de Giordano Bruno.

—*El Narciso de Caravaggio es la obra que ocupa la portada del libro, antes mencionado. ¿Por qué ama usted tanto este cuadro?, ¿qué le conmueve de él?*

—La genialidad de Caravaggio se halla en la originalidad con la que representa el mito. Ningún autor había imaginado un perfecto círculo compuesto por Narciso y su imagen proyectada en la fuente. En muchos casos se ha hablado de la homosexualidad y del amor de un hombre hacia otro hombre. Para mí es una bellísima e innovadora representación de la relación que se crea entre pintor y obra, entre verdad y ficción, entre modelo y reproducción, entre naturaleza y arte. Hay muchos puntos de contacto entre las biografías y las obras de Giordano Bruno y de Caravaggio, ambos herejes, huéspedes incómodos, espíritus libres, siempre en fuga, siempre dispuestos a rebatir cualquier lugar común, cualquier verdad considerada definitiva.

—*«Fatigándome aproveché, sufriendo hice experiencia, viviendo como exiliado aprendí», nos dice Giordano Bruno. Usted en sus obras, La utilidad de lo inútil y Clásicos para la vida, alienta, página a página, la realización del esfuerzo, algo necesario para ayudarnos «a buscar nuestra*

*verdad», como diría Louis Germain, profesor de enseñanza primaria de Albert Camus, cuyo testimonio recoge usted en la segunda de estas obras. ¿Cómo llegó usted desde Giordano Bruno a la escritura de los dos libros mencionados?*

—La pasión auténtica por un saber libre de los vínculos utilitario y económico es una de las enseñanzas más importantes de la filosofía bruniana. El autor pone en guardia a los estudiosos. Para él, el dinero y el poder no son conciliables con el amor al conocimiento. Hoy, la transformación de las escuelas y de las universidades en empresas, algo que sucede en todo el mundo, me ha movido a combatir la pedagogía mercantilista y a defender una educación pura dedicada a formar ciudadanos cultos, hombres y mujeres libres, futuros profesionales dotados de un gran sentido ético.

*—La mayoría de alumnas y alumnos no desea esforzarse. ¿Como podrán buscar su verdad, si no se esfuerzan, si no se fatigan, si no lo intentan?*

—Para obtener la subvención económica del ministerio, la escuela y la universidad deben respetar los tiempos. Trescientos alumnos se inscriben el primer año. Trescientos alumnos deben conseguir el diploma en el tiempo previsto. Los parámetros cuantitativos están rebajando la calidad de la educación. Las buenas escuelas y universidades deben respetar los tiempos. Para hacerlo reducen los programas de estudio y la dificultad de los mismos. Lo importante es permitir que todos los estudiantes consigan su diploma con la mayor rapidez. No interesa saber qué es lo que verdaderamente han aprendido. Todo se hace para rendir cuentas, no para transmitir el conocimiento; todo se hace para satisfacer las expectativas de los alumnos y, sobre todo, las de sus padres.

*—¿Cuál es la importancia de la fatiga en la búsqueda desinteresada de conocimiento y de sabiduría?, ¿cómo ha de ser entendida?*

—Muchos clásicos te enseñan que el conocimiento es siempre el fruto del esfuerzo. Sin esfuerzo no hay conocimiento. Ludwig

Wittgenstein decía: «No estoy orgulloso de aquello a lo que he llegado sino del esfuerzo que he tenido que hacer para lograrlo; este esfuerzo es el que me da derecho a la palabra».

—*Los clásicos también son una herramienta fundamental para entender la importancia de la solidaridad humana, algo que usted nos muestra en su libro más reciente, Los hombres no son islas. Los clásicos nos ayudan a vivir.*

—Así es. Desde el mundo clásico a la actualidad ha habido muchos escritores y filósofos que nos han recordado la importancia de la solidaridad humana para dar un sentido fuerte a nuestra existencia. Quien desee releer páginas, en las que se ha escrito contra el egoísmo, hoy dominante en Europa y en el mundo, debe leer las reflexiones de John Donne, que ha inspirado el título de este libro, debe leer las páginas de Francis Bacon, de Virginia Wolf, entre otros. Ante la imagen aislada del ser humano, reducido al perímetro de sus propios intereses, en este libro contrapongo la imagen de una única y gran humanidad, en la que cada individuo se siente como una parte esencial de la misma, de un todo. Sin desconocer nuestra unicidad podemos abrazar a la humanidad porque no estamos solos, porque cuando otro ser humano sufre, una parte de nosotros sufre. Séneca, Cicerón, el poeta persa Saadi de Shiraz, Shakespeare o Tolstoi nos recuerdan que vivir para los otros significa también vivir para nosotros. Y Montaigne, en sus *Ensayos*, ofrece un extraordinario análisis introspectivo basado sobre todo en su yo, escribiendo palabras conmovedoras cuando afirma: «Considero compatriotas a todos los seres humanos».

—*¿Cómo armonizar razón y pasión, saber y vida social? La búsqueda de esta armonía ¿es el camino para alejarnos del utilitarismo brutal, que usted denuncia en La utilidad de lo inútil y en Clásicos para la vida?*

—Los clásicos nos enseñan que lo que nos hace felices no es la posesión, sino la capacidad de poder gozar. Para gozar de la belleza de una obra maestra como *Las Meninas* de Velázquez no

tenemos necesidad de ser los propietarios del cuadro, nos basta contemplarlo en el Museo del Prado. Leer un libro, escuchar un concierto, admirar una obra de arte no significa perder el tiempo, pero sí hacerlo más humano y otorgar un sentido más intenso a nuestra vida. Estas actividades, que no producen dinero, son esenciales para nutrir el espíritu. Los valores de la cultura son fundamentales para entender que sólo aquello que hacemos por los otros enriquece nuestra existencia. Pensar en ganar dinero y en cultivar el propio egoísmo no sólo reduce nuestra humanidad (en cuanto personas), sino también la de la sociedad (con el desgaste de la cohesión y de la solidaridad) y la del planeta (concebido como una fuente de ganancias y no como una casa que hay que preservar para nosotros y para los que vendrán).

— *¿A quién le puede interesar que los países estén habitados por seres sin pensamiento crítico, que las escuelas y las universidades se conviertan en centros de gestión y no de enseñanza y sabiduría?, ¿qué futuro estamos construyendo con este presente?, ¿qué papel han de desempeñar las élites en la construcción del pensamiento crítico en las personas?*

— La escuela y la universidad deberían ser lugares en los que se enseña, a través del ejercicio de la crítica, a cuestionar los falsos valores que dominan la sociedad. Hoy se hace lo contrario. Hoy la educación se halla al servicio del neoliberalismo, para formar ejércitos de pequeños emprendedores obsesionados por la ganancia y el éxito, y de consumidores pasivos, siempre listos para comprar el modelo tecnológicamente más avanzado. El estudio y el conocimiento ya no son percibidos como la oportunidad de ser mejores seres humanos, más libres, sino como trampolines para conquistar el mercado. Los humanistas italianos del siglo XV ya comprendieron que formar ciudadanos cultos y moralmente sólidos era la única manera de responder a las exigencias sociales y políticas del presente y del futuro. Naturalmente, el pensamiento crítico asusta a muchos gobernantes mediocres porque para ellos es mejor tener

ciudadanos ignorantes a quienes imponer sus verdades. De hecho, el poder desprecia la cultura y quiere hacernos creer que el dinero es la única vara de medir la dignidad humana. Donald Trump en los Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil, Orban en Hungría, por ejemplo, representan la negación de los derechos civiles y el triunfo de la ignorancia, del egoísmo y del desprecio por la ecología y por la solidaridad humana.

—*En sus obras usted denuncia el aumento de la corrupción, la falta de compromiso cívico de los representantes políticos, la indiferencia de una gran parte de las personas, que viven en Italia, España y en otros países de la Unión Europea, ante la crisis moral profunda que padecemos. Phillip Sidney en su Defensa de la Poesía escribió: «El fin último de todo saber humano es la acción virtuosa, las artes más capaces de promoverla serán las que merezcan el título de maestras de la virtud, superiores a todas las demás». ¿Es este el camino para luchar contra la crisis moral que vivimos?, ¿cómo podemos fundamentarlo?*

—Ya lo he dicho antes y lo repito: si la cultura, la economía y la política pierden la relación con los grandes valores civiles (la lucha contra toda desigualdad e injusticia, la salvaguarda del planeta, de la paz de los pueblos, el amor al bien común, la defensa de los derechos humanos, la erradicación del hambre, una buena sanidad y una buena educación para todos los ciudadanos y el ostracismo de toda forma de racismo y de antisemitismo), la desertificación del espíritu nos conducirá a la barbarie. Por todo ello, el gran poeta Sidney, siguiendo el camino de Giordano Bruno, piensa que el arte y la literatura pueden construir modelos morales más útiles para orientar a los lectores. Es verdad. Lo he dicho y lo he escrito en numerosas ocasiones. La literatura, la música, el arte, la filosofía, la investigación científica básica no generan automáticamente la metamorfosis en el lector. No dan ninguna garantía, no nos ofrecen conversiones inmediatas. Los nazis escuchaban música clásica, leían novelas, admiraban el arte y al mismo tiempo

masacraban a millones de seres inocentes. Pero, aun así, la cultura y la educación liberal nos ofrecen la única oportunidad para conquistar y proteger la dignidad humana. Para hacer más humana a la humanidad el único instrumento que tenemos es lo que llamamos cultura desinteresada.

—*En su libro, Le rendez-vous des savoirs, aún no traducido al castellano, usted estudia las relaciones entre diplomacia, arte y filosofía. ¿Cuál es hoy la influencia de las artes y las letras en las alianzas y relaciones internacionales?*

—En este libro he documentado cómo en algunos ambientes muy precisos del Renacimiento, la unidad de los saberes era considerada fundamental. Carlos V y Francisco I eran conscientes de que la grandeza de un monarca se medía sobre la base del prestigio cultural: preciosas bibliotecas y extraordinarias obras de arte otorgaban gloria al rey y al Estado que regía. De hecho, los embajadores enviados a Venecia por estos dos monarcas eran grandes humanistas conocedores del griego, de la filología y del arte. La misión política exigía no sólo la relación con los gobernantes, sino también con los artistas, escritores y eruditos griegos huídos de Constantinopla con manuscritos de gran valor. La Europa del Renacimiento tenía una conciencia muy fuerte de la República de las Letras. Leonardo da Vinci, Erasmo, Giordano Bruno y tantos otros artistas y científicos viajaban de una parte a otra, publicaban con los editores más diversos, pasaban de una corte a otra. Hoy tenemos la Europa de los bancos y de las finanzas, del comercio y de la burocracia. La Europa de la cultura queda hoy al margen.

—*¿Cuál es la influencia de los nacionalismos y de los internacionalismos en la literatura comparada europea? ¿Estamos destruyendo Europa y en ella, la Unión Europea?*

—Puede parecer una paradoja, pero en el Ochocientos el primer interés por la literatura comparada en Francia nace por motivos nacionalistas. La confrontación con otras literaturas, sobre

todo con la italiana, se caracteriza por diversas contradicciones. Por una parte, es centrípeta (por la necesidad de expresar una fuerte conciencia nacional, a través de la investigación de la propia y específica identidad), y por otra es centrífuga (debido a la necesidad de entender el propio conocimiento más allá de las fronteras nacionales y lingüísticas). Pero la literatura, incluso en los momentos más dramáticos de crisis, se revela como un instrumento necesario para interrogar al pasado y conferir a la cultura el papel de orientadora en el presente. Hoy parece que el esfuerzo de los distintos gobiernos se concentra en una Europa de bancos y finanzas, de comercio y de rigor. Parece que los confines geográficos de Europa no responden ya a una idea histórica de Europa, sino que han sido rediseñados exclusivamente en función de la economía: sólo permanecen en Europa los que consiguen pagar sus deudas y cumplir los parámetros de recortes de gasto, independientemente de los valores culturales que representen. ¿Es imaginable una Europa sin Grecia, sin España, sin Italia? Si perdemos de vista los grandes temas que pueden favorecer el desarrollo de la Europa de la cultura, ¿cómo podemos concebir su multiplicidad y su unidad? ¿Cómo evitar que los dos extremos –parcelización y homologación– puedan tomar ventaja? ¿Cómo responder a la explosión de localismos y de nacionalismos? En un momento difícil de la vida europea es necesario interrogarse sobre qué valores podrían ayudar a la unidad respetando la diversidad. La identidad europea se funda en su pasado y hay que interrogarlo para entender el presente y entrever el futuro. Si queremos permanecer en el perímetro de la literatura comparada basta mirar a ese pasado para comprender cómo en tiempos de crisis y de caos es necesario hallar en la cultura una sólida referencia. Entre los años 1946 y 1948, en una Europa pulverizada por la furia de la Segunda Guerra Mundial, dos grandes filólogos alemanes trataron, con desesperación y métodos diversos, de mostrar las raíces comunes del viejo continente.

Ernst Robert Curtius y Erich Auerbach escribieron, casi al mismo tiempo, dos ensayos que marcaron profundamente la cultura europea: *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, 1946, y *Literatura europea y Edad Media latina*, 1948. Dos tentativas de interrogación acerca de la crisis de Europa y de sus valores, a través del análisis de la literatura europea. Si Auerbach, en búsqueda del detalle revelador, recorre los grandes clásicos desde Homero a Virginia Wolf para trazar una historia unitaria del realismo europeo sumergiéndose en los distintos estilos de la representación literaria, Curtius indaga los grandes temas recurrentes (*topoi*), que desde el mundo clásico llegan a la modernidad para individualizar aspectos de continuidad y de unidad en la cultura europea. Sobre todo Curtius, que en un primer momento, condicionado por su origen alsaciano, había situado en el centro de Europa las relaciones franco-alemanas, supera su posición inicial dilatando los confines de su investigación sobre la base de los intereses de la tradición occidental.

— «*Si conociera alguna cosa útil para mi patria, pero perjudicial para Europa, o útil para Europa y dañina para el género humano, lo consideraría un crimen*», escribió Montesquieu. *Usted recoge este pensamiento en Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal. ¿Deberían escribirse estas líneas sobre las puertas de todas las escuelas del mundo para no olvidar la esencia de la solidaridad y del respeto?*

— Esta estupenda página de Montesquieu desenmascara toda forma de nacionalismo. Partiendo de los intereses personales y pasando por los de la familia, los de la ciudad, la región, la nación, los de Europa y los de la humanidad nos hace comprender la prioridad del género humano sobre los intereses particulares. A través de las palabras del filósofo francés, podemos comprender que lemas como los que circulan desde hace algunos años contaminan la política mundial. *America first, Prima gli italiani* o *Brasil a cima de tudo*, ofrecen una noción distorsionada y miserable de la identidad

y de la patria. Nuestra patria no puede coincidir únicamente con nuestro lugar de nacimiento. Sería, verdaderamente, demasiado poco. El propio Séneca expresó esta convicción en varias de sus reflexiones. «No he nacido para un sólo rincón de la tierra», escribe en una carta a Lucilio. «Mi patria es todo el universo», añade. (*Non sum uni angulo natus, patria mea totus hic mundus est*, 28.4). Contra el falso «patriotismo» y el peligroso monolingüismo, cada vez estoy más convencido de que la pluralidad de patrias y de lenguas no es un obstáculo para el progreso de la humanidad, sino que representa una extraordinaria riqueza. Recuerdo con emoción el descubrimiento que hice mientras estudiaba en la vieja sede de la Biblioteca Nacional de Francia, en la calle Richelieu, a comienzos de mi carrera como investigador. Estaba leyendo una obra de Giordano Bruno, cuando me llamó la atención esta frase: «Para el verdadero filósofo, toda la Tierra es patria». Una patria, sugiere el gran pensador que fue reducido a cenizas en la hoguera de Campo de Fiori, en Roma, puede coincidir con aquellos lugares en los que es posible tener una rica biblioteca, buenos libros, excelentes profesores, doctos colegas con los que discutir y aprender con plena libertad de pensamiento y de palabra. Ya había leído esta frase en otras ocasiones, mientras asistía a la Universidad de Calabria. Pero sólo en ese momento, en la sala de lectura de la Biblioteca Nacional, comprendí que Francia se había convertido para mí en una nueva e importante patria. Gracias a la cultura he podido dar un paso más hacia la realización de una aspiración, que Erasmo de Rotterdam resumió con esta elegante expresión; *Ego mundo civis esse cupio* («Deseo ser ciudadano del mundo»). La literatura, la filosofía, la música, el arte y la investigación científica básica nos enseñan que todos vivimos en una misma patria, que es la gran patria de la humanidad, y que sólo el esfuerzo que hagamos por superar el estrecho perímetro de nuestro egoísmo, como con gran valentía nos insta a hacer el Papa Francisco, puede otorgar un fuerte sentido a nuestra vida.

— *«La recherche d'une langue absolue nous conduirait au cœur d'un monde unidimensionnel, construit sur l'intolérance et les interdits»*, escribe usted en *Le rendez-vous des savoirs. Littérature, philosophie et diplomatie à la Renaissance. Hoy la enseñanza del inglés se halla por encima de la del latín y la del griego, y por encima también de la enseñanza de otras lenguas. ¿Se está destruyendo la tolerancia, a través de la enseñanza excesivamente mercantilista y utilitarista? ¿Cómo podemos lograr una enseñanza de las lenguas más acorde con el mundo multicultural, en el que vivimos?*

— El empobrecimiento del lenguaje, de hecho, contribuye en gran medida al empobrecimiento cultural de nuestra sociedad. Orwell lo recuerda en su maravillosa novela *1984*, cuando habla de los efectos devastadores de la «neolengua»: «La “neolengua” no se diseñó para ampliar, sino para reducir el alcance del pensamiento, y la restricción de la variedad léxica a un mínimo ayudó indirectamente a conseguir este objetivo». Hoy, la comunicación digital en 140 caracteres y la estandarización universal de un modelo *globish* deberían ser una clara llamada de atención. He hablado en muchas ocasiones (y con esto vuelvo a la segunda pregunta), de la importancia de la multiplicidad para resistir a las tentativas hegemónicas de reducir la lengua y la cultura a un *pensamiento* único. Allí donde domina un sólo punto de vista, una única visión del mundo, se crea un terreno de cultura muy favorable a la intolerancia y al fanatismo. Favorecer la multiplicidad de lenguas significa permitir a los jóvenes dialogar con libertad con sus contemporáneos y con el pasado y, al mismo tiempo, confrontarse con culturas y literaturas diferentes. Este camino, de hecho, alimenta la tolerancia y el auténtico interés por aquello que es distinto de nosotros.

— *Antonio Gramsci escribe: «Aprendí latín y griego. Este aprendizaje me enseñó, inconscientemente, a amar el conocimiento sin interés utilitarista y sí con un interés desinteresado». El pensamiento de Antonio Gramsci*

*lo recoge usted en su obra La utilidad de lo inútil. ¿Cómo será la sociedad sin personas que hayan aprendido latín y griego?*

—Gramsci te ayuda a entender que las lenguas son también vehículo de civilización y de cultura esenciales para comprender nuestro presente. Si se aplican los principios que ya rigen hoy la escuela y la universidad, principios que dicen que no es rentable pagar a un profesor de griego para que imparta clase a dos estudiantes o a un profesor de sánscrito para que enseñe a un estudiante, perderemos una parte esencial del conocimiento. El drama de nuestra sociedad es considerar lo útil como fin y no como medio, considerando válido aquello que produce ganancias e inútil aquello que no las procura. Como consecuencia, los saberes se clasifican también sobre la base de estos parámetros. La lógica del beneficio no puede prevalecer sobre los valores culturales de los pueblos. Si cerramos un Archivo de Estado, que custodia la memoria y la identidad de una nación, sólo porque no produce ganancias, destruiremos el sentido de nuestra vida y de nuestra historia. La esencia de la cultura se funda exclusivamente en la gratuidad. Aplicar la lógica comercial a las instituciones escolares y a la universidad significa suprimir el estudio de disciplinas fundamentales como las lenguas antiguas y la paleografía, entre otras. Este sistema hace vulnerable a la sociedad. La progresiva pérdida del conocimiento de las lenguas del pasado está destruyendo la formación de las nuevas generaciones. Cuando alguien me pregunta para qué sirve estudiar griego le respondo con la respuesta más bella, la de la escritora Marguerite Yourcenar: «Casi todo lo que los hombres han dicho mejor, ha sido dicho en griego». Estamos creando una sociedad desmemoriada. Perder la memoria, cancelar el pasado, significa perder la capacidad de entender el presente y de prever el futuro. En el Olimpo griego, la diosa Mnemosyne era la madre de las nueve Musas, la madre de todo el saber, la madre del conocimiento. Cuando mueran los últimos conocedores del griego, del

latín, del sánscrito, ¿quién descifrará los textos de los pergaminos que se hallen en los yacimientos arqueológicos? ¿Habrá que cerrar los museos y las bibliotecas porque nadie será capaz de leer un manuscrito ni de entender el arte? Esto traería consecuencias terribles para la libertad y para la democracia. La lógica del beneficio empobrece el espíritu humano. Con esta lógica estamos también destruyendo nuestro planeta, al que no consideramos una casa común que hay que respetar, sino una fuente de beneficio, un tesoro para depredar.

— *¿Cuál es el papel de los editores independientes en la edición bilingüe de grandes obras y en la edición de literatura de calidad?*

— También el mundo editorial se halla impregnado de la lógica neoliberal y financiera. Ahora se crean editoriales con una gran «masa crítica» para conquistar nichos de mercado. Construir un gran grupo editorial con tantas editoriales satélites no mejora la calidad de los libros, pero crea, sobre todo, una nivelación a la baja de la producción. Einaudi, adquirida por Mondadori, ya no es la Einaudi de Giulio Einaudi, de Giulio Bollati y de otros grandes intelectuales que la dirigieron. Apenas quedan grandes intelectuales dirigiendo editoriales porque el nivel cultural de la sociedad está bajando. Es un hecho que quienes hoy dirigen las editoriales son expertos concededores de los productos de mercado y no expertos en libros y en cultura. Por todo ello, las editoriales independientes consiguen mantener su identidad histórica prestando atención a los clásicos y a la literatura de calidad, sin perseguir demasiado a los rostros conocidos de la televisión, el deporte o la política que pueden asegurar buenas ventas. Alexis de Tocqueville habla de libros que pueden denominarse «belleza fácil», libros que se leen rápidamente, sin esfuerzo, que no necesitan conocimiento para ser entendidos. Desde hace treinta años dirijo colecciones bilingües en diversos países europeos y también en Brasil. Me he formado en París, en la escuela del maestro Alain Segonds, en la

editorial más importante del mundo para la publicación de clásicos latinos y griegos, la editorial Les Belles Lettres. Alain Segonds, un Pico de la Mirándola moderno, corregía ediciones críticas de clásicos en latín y en griego, en italiano, en inglés, en alemán. Un inmenso saber y una inmensa pasión al servicio de la difusión de los grandes clásicos de la literatura, de la filosofía y de la ciencia. Fueron años formidables para mí. Aprendí el proceso de confección de un clásico publicado en edición bilingüe. Salvo rarísimas excepciones, las editoriales europeas han reducido la publicación de clásicos y al mismo tiempo han aumentado de manera exponencial la producción de literatura secundaria: manuales, guías, compendios... Esto produce una paradoja: los jóvenes escuchan hablar de obras que no han leído por entero...

—*Usted dirige con Yves Hersant, la edición crítica bilingüe de las Opere complete de Giordano Bruno (Les Belles Lettres, París). ¿Qué dificultades hallan para lograr editar estas obras? ¿Cuál es la influencia de estas obras en el mundo académico internacional?*

—Hoy es siempre muy difícil hallar buenos filólogos para hacer ediciones críticas de los clásicos. Los parámetros de las agencias universitarias nacionales de evaluación constriñen a los jóvenes filólogos. Se fundan sobre una métrica cuantitativa, independiente de la calidad, que demanda tiempos breves. Una edición crítica exige años de trabajo y quien decide dedicarse a este trabajo pone en serio peligro su carrera universitaria. Otro gran problema es el de las traducciones. Las traducciones envejecen, siempre hay que rehacerlas para tener en cuenta la evolución de los conocimientos sobre un texto concreto y la evolución de la propia lengua de destino, que siempre requiere algo más acorde con las nuevas modas lingüísticas. Con la edición bilingüe de Giordano Bruno hemos tenido una gran batalla. En países como China, donde se tradujo desde el ruso, o en Japón, donde se tradujo desde el inglés, ahora se traduce ya desde el italiano, aunque la traducción

francesa ayudó a los traductores a comprender lingüísticamente y filosóficamente pasajes complicados. Debo reconocer que todavía existen lectores cultos interesados en buenas ediciones de los clásicos. Dirijo en Italia, en la editorial Bompiani, la colección *Clásicos de la literatura europea*. *Don Quijote*, con la edición de Francisco Rico y traducción de Angelo Valastro, y los *Ensayos* de Montaigne, edición de André Tournon y Fausta Garavini, son nuestros *best sellers*. Hay que arriesgarse siempre, es necesario, porque entonces los resultados se logran.

— *En la página 214 de su libro El umbral de la sombra. Literatura, filosofía y pintura en Giordano Bruno, usted escribe: «Si biografía y filosofía coinciden, la vida no será vencida por la muerte. Más bien, la muerte podría convertirse en expresión de un amor infinito por la filosofía y por esa vida de la que esta filosofía es un vivo testimonio». ¿Le mueve a usted este amor infinito en su día a día, en su labor docente, en su tarea como escritor?*

— Para Giordano Bruno escribir significa también escribir la propia vida. En sus obras, de hecho, cada palabra contribuye de manera indiscutible a construir la imagen de un universo, donde vida y filosofía, biografía y literatura se indentifican hasta fundirse la una en la otra. En donde la palabra se torna vida y la vida palabra. Él escribe sus obras y al mismo tiempo estas obras escriben su existencia. Estos textos son expresiones elocuentes de una fuerte presencia. Se trata de obras vivas que testimonian en cada página la necesidad de superar la fractura entre la filosofía como discurso filosófico y la filosofía como experiencia. La visión teórica no se configura como fin en sí misma, como una fórmula abstracta que demanda sólo adhesiones intelectuales. Giordano Bruno vive una metamorfosis. Vive su filosofía. Pensar el infinito, inherente a su filosofía, significa, en modo particular, pensarse como una minúscula parte del *Todo*, significa manifestar con entusiasmo que también la propia vida participa, en su justa

proporción, en el incesante movimiento del universo. En esta concepción de la filosofía como permanente ejercicio de la *quête*, Giordano Bruno afirma el valor infinito de la vida. Aspirar a la plenitud interior, de hecho, significa paradójicamente abandonarse a un caminar sin fin. El filósofo inflamado del amor por el conocimiento concluye su existencia, como la mariposa de los *Furores*. Sin embargo, tras aquellas llamas alimentadas por una feroz intolerancia, escribe una de las páginas más elocuentes de su filosofía: se puede reducir a cenizas a hombres y libros, sin impedir que el pensamiento continúe circulando, que la palabra pueda transmitir entusiasmo y pasión. En otros términos, si biografía y filosofía coinciden, la vida no será vencida por la muerte. La muerte podría tornarse expresión de un amor infinito por la filosofía y por aquella vida de la que esta filosofía es un vivo testimonio. Leyendo la filosofía de Giordano Bruno he podido entender cómo la pasión por el saber puede llegar a fundirse con la propia vida y marcarla para siempre.

—*En Harvard, según informa Emmanuel Jaffelin en Le Monde del 28 de mayo del año 2012, las relaciones entre profesores y estudiantes parecen fundarse sustancialmente en una suerte de clientelismo: «Dado que paga muy cara la matrícula en Harvard, el estudiante no sólo espera de un profesor que sea docto, competente, eficaz, espera que sea sumiso, porque el cliente siempre tiene razón», escribe usted en La utilidad de lo inútil. ¿La escuela y la universidad deberían ser independientes del poder económico privado?*

—Lo que escribí en el año 2012 se ha revelado profético. El pasado octubre la Universidad de Nueva York echó al gran estu-  
dioso de Química Orgánica, Maitland Jones porque sus exámenes eran excesivamente selectivos, hecho que representa la punta de un iceberg peligroso, compuesto por las comisiones de «educación y beneficio». Echar a un profesor porque 82 de sus 350 estudiantes se lamentan de que los exámenes de este docente son muy difíciles es un hecho gravísimo. Marc Walters, responsable del

reclutamiento de profesores de la Universidad de Nueva York explicó sin misterio que la decisión respondía a la exigencia de favorecer a los estudiantes que pagaban su matrícula. Dicho de otra manera: el cliente siempre tiene razón. Transformar a los estudiantes en clientes significa caer en contradicciones que son antieducativas: tú pagas, como consecuencia siempre tienes razón, también cuando un profesor cumple con su deber. Por todo ello, los *rankings* actuales son muy peligrosos porque sólo sirven para justificar el precio de la matrícula. El valor del diploma, «comprado» en la universidad saldrá en la bolsa de las clasificaciones o *rankings* universitarios, tal y como sucede en el mercado.

— *«Una enseñanza de mala calidad es, casi literalmente, un asesinato», escribe George Steiner. Recoge usted estas palabras en Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal. ¿Por qué esta aniquilación de miles y miles de voces, de miles y miles de miradas. Voces y miradas únicas? ¿Se está destruyendo de modo sutil la libertad más esencial del ser humano, su libre albedrío, a través de la enseñanza de mala calidad?»*

— Nuestros estudiantes ya son el fruto de una educación que ha eliminado completamente el sentido crítico y la reflexión. Hoy, como le he comentado anteriormente, el objetivo de la enseñanza es formar consumidores pasivos, seres con una mayor dependencia de Internet y de los dispositivos electrónicos. La capacidad de atención de los estudiantes es ya bajísima (tras diez minutos de lección debes cambiar «el canal»..., hacer *zapping*). Al mismo tiempo, los jóvenes se alejan de los grandes valores, de los grandes ideales. La lógica utilitarista influye en su curiosidad, en su pureza. Estudiar disciplinas consideradas inútiles es necesario para comprender cuáles son los valores que hay que abrazar. En esta tarea, el papel de los profesores es decisivo. Si los profesores son buenos pueden cambiar la vida de los estudiantes, mejorándola. Una buena escuela no la hacen los ordenadores, sino los buenos profesores. Hoy esto no sucede. Los instrumentos digitales son más

importantes que los profesores. Se invierte mucho en la informatización de las escuelas y muy poco en formar profesores y en otorgar dignidad económica a quien enseña. Privilegiar la «didáctica del futuro», basada en modelos pedagógicos en los que pierde importancia la lección en el aula y el contacto directo con los profesores, significa no explicar que la formación surge sobre todo en la vida comunitaria, en el aula, en la biblioteca. Siempre hemos amado aquella disciplina, que nos enseñó un buen profesor. Leo siempre la carta que Albert Camus dirige a su profesor de enseñanza primaria. Le escribe tras ganar el Premio Nobel de Literatura. Le dice: «Sin usted, no sería lo que soy». Estas palabras resumen la esencia de la auténtica misión de la educación y de la enseñanza.

— *¿Podría explicar a nuestros lectores qué es el Istituto Nazionale per la Valutazione del Sistema Educativo di Istruzione e di Formazione (INVALSI) y cuáles son las consecuencias de su existencia para el trabajo diario de los profesores y profesoras en Italia?*

— Los parámetros internacionales de la instrucción se hallan condicionados por las agencias, públicas y privadas, transnacionales, en las que expertos del Banco Mundial, de la OCSE (Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa) y de la Organización Mundial del Comercio (OMC), indican los criterios con los que hay que calificar el aprendizaje en la escuela de los Estados miembros. El objetivo no es formar ciudadanos cultos, capaces de entender de modo crítico la realidad, sino adiestrar a profesionales capaces de adaptarse a las exigencias de la producción global. El resultado de esta tendencia, fruto de una pedagogía mercantilista, ya es visible. En Italia, por ejemplo, en la última verificación INVALSI, el Instituto que usted menciona en su pregunta, efectuó en mayo del año 2018 una encuesta, realizada en pésimo italiano, suministrada a estudiantes de la escuela primaria. En esta encuesta se hacía a los estudiantes estas preguntas: «¿Tendré

siempre bastante dinero para vivir?», «¿Podré comprar lo que deseo?» Hacer estas preguntas a niños de entre 7 y 10 años es un crimen que, por otro lado, no ha suscitado ninguna indignación. Parece evidente que la misión principal de la educación, en sintonía con la religión del beneficio que domina ya todo el mundo, debe ser la de formar futuros consumidores pasivos cegados por el dinero.

— *«Transformar la información en conocimiento es imposible sin una formación buena de base», escribe usted en la Utilidad de lo inútil, al hacer referencia al acceso fácil a la información a través de Internet. ¿Estamos incapacitando a los estudiantes para el buen uso de la tecnología digital, al no aportarles una formación buena de base?*

— Hoy en día, por desgracia, se confunde la información con el conocimiento: son dos cosas profundamente diferentes. Durante el confinamiento debido a la pandemia de la COVID-19, hemos tomado conciencia de que las relaciones humanas son importantísimas. No por ello rectores y colegas dejaron de ver la pandemia como una oportunidad para entender que la tecnología digital torna «moderna» a una escuela. Al número exagerado y preocupante de horas dedicadas a los videojuegos, a la navegación por Internet, a la televisión, a las relaciones virtuales se le añade ya, y sobre todo durante el confinamiento, las clases por Internet. Para mejorar la dependencia es bueno administrar más dosis de materia digital... La escuela tiene que formar jóvenes capaces de resistir los imperativos del mercado, del consumismo, de la velocidad, de la superficialidad. La escuela debe desintoxicar a los estudiantes de su dependencia de Internet. Esto no se hace.

— *«El conocimiento es una riqueza, que se puede transmitir sin empobrecerse», leyó usted en un tablón de anuncios de una biblioteca de manuscritos en un perdido oasis del Sabara. ¿Podría detenerse, profundizar en esta frase?*

— En la enseñanza no rigen las reglas del mercado que prevén siempre una ganancia y una pérdida correlativas. Si compro un

reloj, quien me lo vende gana mi dinero y pierde el reloj, mientras que yo pierdo mi dinero y gano el reloj. Sólo el saber desafía las leyes del mercado. Puedo compartir mis conocimientos con los demás sin empobrecerme. Puedo enseñar a un alumno la Teoría de la Relatividad o leer junto a él una página de Cervantes, dando vida al milagro de un proceso virtuoso, con el cual se enriquece, al mismo tiempo, quien da y quien recibe, es decir mi alumno y yo. Con el dinero puede comprarse todo excepto el conocimiento. Todo tiene un precio. Desde los parlamentarios hasta el poder. Pero no el conocimiento. El precio que debe pagarse por conocer es de una naturaleza muy distinta. Ni siquiera un cheque en blanco nos permitirá adquirir mecánicamente lo que sólo puede ser fruto del esfuerzo individual y de una inagotable pasión. Nadie, en definitiva, podrá realizar en nuestro lugar el fatigoso recorrido que nos permitirá aprender. Sin el impulso de una gran motivación interior, el más prestigioso título adquirido con dinero no nos aportará ningún conocimiento verdadero, ni propiciará ninguna auténtica metamorfosis en nuestro espíritu.

J. M. V. M.

